

GOTTFRIED DE PURUCKER 'CONCIENCIA E INTUICIÓN'

[*The Theosophical Forum*, Vol. 22, May 1944, pp. 199-201]

[En: *Studies in Occult Philosophy*, pp. 212-214]

Descarga gratuita de la edición original del libro:

<https://blavatskyhouse.org/reading/gottfried-de-purucker/studies-in-occult-philosophy/>

No sé –y sin embargo me alegra ver que el hecho del que hablo es así– por qué la gente está tan interesada en saber qué es la conciencia y dónde se encuentra en la constitución humana y cómo se puede hacer que funcione. Sabemos que si bien el hombre es una corriente de conciencia, es una corriente septenaria, y cada aspecto de la septenaria vuelve a tener sus divisiones, lo cual es una de las razones por las que los hombres difieren entre sí tanto y tan ampliamente; y es una lástima que esto no se comprenda mejor. Los hombres diferirían más, pero se pelearían menos. Las peleas son estúpidas; las “broncas” amables es lo que hace que los amigos sean firmes, ¡si son amables!

Ahora bien, tal y como yo lo entiendo, nuestra conciencia, a la que con demasiado poca frecuencia prestamos atención, en detrimento nuestro, es ese susurro amistoso y cálido de lo alto, que sentimos que nos muestra lo correcto y lo incorrecto, y que proviene de la sabiduría ética almacenada en nuestro ser. No está en la mente-cerebro conflictiva: está en el corazón. Es la parte más elevada del ego humano, el tesoro de la experiencia ética, la sabiduría acumulada de vidas pasadas, recogida y atesorada en nuestras partes superiores; y hasta donde llega su voz es infalible y poderosa; pero no llega lo suficientemente lejos como para que su voz en nuestra alma sea una guía infalible, porque no hemos tenido vidas humanas pasadas a lo largo de la eternidad y no somos seres infinitos, humanamente hablando.

La conciencia de un hombre es fuerte; la de otro es más débil. Dos razones: la de uno puede estar más evolucionada y haber aprendido a escuchar con más atención el monitor interior. Por eso su voz es familiar, fuerte y firme, y como decimos, cálida y dulce. Nos encanta, y una de las razones por las que la amamos es porque es muy personal para nosotros mismos. Es la parte más elevada de cada uno de nosotros como seres humanos, que nos susurra las advertencias del bien y nos niega los caminos del mal. Es la parte buddhi-manas del ser humano, que recoge la experiencia de las edades pasadas de nacimientos y renacimientos, el eco de los sufrimientos pasados y de los cuales hemos recogido la sabiduría y la hemos atesorado en las tablas del Ser. Eso es la conciencia.

Pero por encima de la conciencia está la intuición: La intuición es infalible. Su voz es inconmensurablemente infalible, porque es el susurro dentro de nosotros de las verdades del Espíritu Cósmico. Es un rayo directo del Espíritu Divino en nuestros corazones. Nuestra conciencia no nos dirá la verdad sobre un hecho de la Naturaleza, ni susurrará en nuestra mente la guía por los caminos del descubrimiento científico o religioso o filosófico, porque es la sabiduría ética acumulada y familiar para el alma de cada uno de nosotros. Pero la intuición nos dirá al instante, tiene una visión instantánea de la verdad. Su voz no es ni familiar ni desconocida. Es totalmente impersonal. Su atmósfera no es ni “caliente” ni “fría”. Es neutral en este sentido; y es la voz del Atma-buddhi-manas dentro de nosotros, la Mónada como la llamó H.P.B.

¿Entienden la distinción? La conciencia es nuestro propio tesoro de sabiduría ético-espiritual. Es infalible hasta donde llega, hasta donde podemos escuchar su voz; y podemos escucharla cada vez más mediante la práctica, el entrenamiento, escuchándola, sólo reconociéndola y siguiéndola. Pero como no es más que nuestro propio tesoro reunido, no es infinito y, por tanto, no es siempre infalible en el verdadero sentido. Pero en lo que respecta a cada uno de ustedes como individuos,

cuando su conciencia les susurre, síganla, porque sólo les susurrará cuando estén en peligro, o cuando estén buscando hacer lo correcto: mientras que la voz de la intuición es la voz del Espíritu dentro de nosotros, y es infalible. No tiene fronteras. Es, por así decirlo, un rayo directo del Mahābuddhi del Universo; y podemos permitir que la intuición se haga cada vez más fuerte dentro de nosotros, iluminando nuestras mentes y abriendo nuestros corazones, al no tener miedo de ella, al no tener miedo de tener corazonadas, al no tener miedo de seguir nuestra conciencia, y nuestras intuiciones cuando vienen a nosotros. Vienen a nosotros todo el tiempo.

La mayoría de los hombres se avergüenzan de actuar intuitivamente. No quieren equivocarse. ¡Prudencia, sí! Pero sólo es prudencia, y poco recomendable, cobarde y débil, y pequeña, si es simplemente porque uno no quiere empezar a hacer el ridículo hasta que haya aprendido más. El hombre fuerte no tiene miedo de hacer el ridículo de vez en cuando, porque sabe que ese mismo hecho lo estimulará, lo despertará, lo hará pensar; y después de un tiempo no hará el ridículo. Aprenderá a confiar en sus poderes internos. Esa es la manera de cultivar la intuición, cultivándola; no teniendo miedo de lo que está dentro de ti. Supongamos que uno se equivoca, ¿y qué? Con la práctica de su ejercicio, los errores serán cada vez menos.

Hagan de su conciencia una compañera. El hombre o la mujer que no ha escuchado la voz de la conciencia susurrando en su alma, que nunca ha sentido su presencia, no es verdaderamente humano. Ya saben lo que quiero decir con esa compañía: la llamamos voz que nos susurra. Es una luz que vive siempre dentro de uno y que nos dice lo que está bien -y que lo sigamos-; lo que está mal -y que lo abandonemos-. Hagan de su conciencia una compañera, estimúlenla, ábranle sus corazones y sus mentes. Sus vidas se embellecerán, se fortalecerán, se harán más felices de lo que son ahora, porque estarán siguiendo la voz interior que es la Sabiduría acumulada de las Edades.

Además, sólo en la medida en que aprendan a conocer su conciencia, que es su propio ser, la parte superior de ustedes, y confíen en ella y la sigan, más iluminará la intuición sus vidas, haciéndoles llegar el conocimiento directo, el conocimiento infalible.
